

CUENTOS SELECTOS

STEFAN ZWEIG

CUENTOS SELECTOS

Selección, traducción y prólogo de Pablo Gianera



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la colección: Pepe Far

Diseño de la cubierta: Edhasa, junto con Juan Pablo Cambariere

Primera edición: febrero de 2026

© de la selección, prólogo y traducción Pablo Gianera, 2024

© de la presente edición: Edhasa, 2025

Diputació, 262, 2ª 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C

C1054AAT Capital Federal

Tel. (11) 50 327 069

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: ISBN: 978-84-350-1188-4

Impreso en Huertas Industrias Gráficas, S.A.

Dep.Leg.: B 21970-2025

Impreso en España

Índice

Prólogo. La historia en las historias	9
Novelita de verano	15
Mendel, el bibliófilo	29
Un episodio en el lago Lemán	61
La colección invisible.	
Un episodio de la inflación alemana	71
Novela de ajedrez	89

Prólogo

La historia en las historias

Algunos lectores habrían objetado la inclusión de una conferencia en una antología de relatos. La objeción sería procedente en la medida en que no cumple la dosis ficcional que el título del libro promete. Pero «Das Wien von Gestern» (La Viena de ayer), la conferencia que Stefan Zweig leyó en 1940 en el Théâtre Marigny de París, además de ser un borrador de sus memorias *El mundo de ayer*, es a su manera también un relato, cuyo protagonista es una ciudad no muy diferente de otros personajes imaginarios de Zweig y frente a la que el narrador (que como no hay ficción es el propio Zweig) se comporta del mismo modo que cuando el narrador no es manifiestamente Zweig. Se cuenta en esa conferencia una escena en la que hay que demorarse. Dice Zweig que asistió en 1913 al último concierto en la vieja Bösendorfer-Saal en el Palais Liechtenstein de la Herrengasse, la sala en la que habían tocado Brahms y Backhaus, y dirigido Mahler y Richard Strauss. Antes de la demolición actuó el Cuarteto Rosé: «Había sido el lugar donde todos los amantes de la música de cámara se encontraron durante años y años, semana tras semana, como una sola familia. Y allí estuvimos, entonces, hasta que se escuchó el último cuarteto de

Beethoven, ahí, en el viejo salón de siempre, y no queríamos que nada terminara. Hubo rabia, hubo gritos, hubo llanto. Se apagaron las luces de la sala. No sirvió de nada. Todos permanecemos en la oscuridad, como si quisiéramos que, por la fuerza también, aquella sala siguiera siendo la vieja sala».

En este pasaje, que será repetido casi palabra por palabra en *El mundo de ayer*, Zweig es un personaje de Zweig: un hombre que se resiste, con obcecación infantil, a que las cosas cambien, o que cambien en un sentido: el de la pérdida. La única temporalidad era para él la que lleva el signo trágico: una fatalidad inescapable que puede advertir él mismo o pueden advertir terceros. A esa raza pertenecen el bibliófilo Jakob Mendel, el Dr. B., ajedrecista a la fuerza, el viejo de «La colección invisible», el desertor del lago Lemán. A todos ellos la Historia les provoca un trastorno, los desorienta, los arruina. En la obra de Zweig, son ellos el reverso de los conquistadores, los héroes, los poetas de los que él mismo escribió las biografías: a los primeros, la historia los priva del mando de sus vidas; los segundos, aunque no siempre lo parezca, la hacen, son «los arquitectos del mundo». Sería un error concluir que esto sea efecto del ascenso de Hitler; evidentemente, lo es en el caso de «Novela de ajedrez», el último relato que Zweig concluyó poco antes de su suicidio en Petrópolis, y que llegó incluso a mandar a Buenos Aires, donde tuvo su primera edición (en alemán) con el sello de la librería Pigmalión. Pero «La colección invisible» y «Mendel, el bibliófilo» se remontan a 1929, y «Un episodio en el lago Lemán» es todavía más temprano, de 1919.

Esto tiene un correlato estricto en sus ensayos. Resulta difícil no llegar a la conclusión de que *Momentos estelares de*

la humanidad era en realidad el proemio de *El mundo de ayer*, y es imposible que Stefan Zweig no lo haya pensado así, pero los años entre ellos, el arco de 1927 a 1941, indican que en el primero estaban insinuadas las causas que explican las nostalgias del segundo. El ascenso y la declinación, o en otras palabras: los efectos de la Historia.

Momentos estelares de la humanidad se inicia con la declaración de su objeto. ¿Qué es un momento estelar de la humanidad? La mayor parte del tiempo, la Historia parece dormir. Como pasa con la vida de cualquier hombre, aquellas horas o días inolvidables lo son precisamente porque son pocos y excepcionales. Pero hay otros, los «estelares», porque brillan como estrellas en «la noche de lo efímero». Explica Zweig: «Son momentos dramáticamente concentrados, momentos preñados de fatalidad, en los que una decisión destinada a persistir a lo largo de los tiempos se comprime en una única fecha, en una única hora y a menudo en un solo minuto». No siempre ese minuto se reconoce en el minuto; a veces el reconocimiento llega después.

Como sea, el primero de los momentos que registra Zweig en su libro (la selección que hizo es caprichosa, pero no arbitraria) es el 15 de marzo del 44 a. C., día del asesinato de Julio César; pero el protagonista es Cicerón, que, después de su retiro en Tusculum, es forzado por esa muerte —forzado por la Historia— a volver a Roma y ensuciarse otra vez con la política. Anota Zweig: «En la Historia se repite sin cesar la tragedia del hombre de espíritu que, en el momento decisivo, incómodo en su fuero interno por la responsabilidad, rara vez se convierte en un hombre de acción». Cicerón descubre algo todavía peor que la corrupción de la política. Advierte

que el pueblo que él había conocido no era ya el noble (o ennoblecido por la imaginación) *populus romanus*, sino una plebe pervertida que no perseguía sino su propio beneficio y su propio placer. La historia (ahora en minúscula) es muy famosa: las facciones se disputan a Cicerón, hay enemistades y, por fin, Antonio exhibe como trofeo la cabeza del orador en la tribuna. Los momentos estelares no son de por sí propicios; sencillamente brillan, y el brillo puede ser el de la espada o el más ambiguo del fuego.

Zweig no se proponía simplemente volver a contar de una manera simplificada la historia conocida. Quiso tal vez mostrarnos al humanista que se convirtió en defensor de una humanidad y que no hizo nada para ganarse ni merecer esa defensa. Si había alegoría, no era más que autobiográfica: la prefiguración de su elegía por la humanidad perdida que terminaría siendo *El mundo de ayer*. El temblor del pulso es el mismo. Si se despeja la cantidad de páginas y páginas que escribió Zweig, si pudiera verse a través de ellas, sería evidente que esas páginas son congregadas en el terror de la pérdida. El temblor del pulso es el mismo.

Se dijo alguna vez (Arnold Bauer lo hizo) que el ductus de la frase de Zweig era nervioso, casi agitado; una variedad del *staccato*. Pero en la prosa de Zweig hay también restos de la sensiblería comedida del vals vienés, la lasitud de una generosidad melódica que anuda lo entrecortado. Esa compensación explicaba para él la diferencia entre la literatura austríaca (y más restringidamente vienesa) y la literatura alemana. En «Das Wien von Gestern» observa que en Franz Grillparzer hay la misma fuerza de Schiller, aunque sin patetismo; Adalbert Stifter posee el poderío contemplativo de Goethe, pero más suave.

En una carta del 6 de noviembre de 1926, el año de la escritura de *Momentos estelares de la humanidad*, le escribe Zweig a Hermann Hesse después de leer *Der Steppenwolf. Ein Tagebuch in Versen* (El lobo estepario. Un diario en versos): «Me animo a pensar que si tuviéramos una larga conversación nos entenderíamos. Ya nos entendíamos antes, aunque no nos habíamos dado cuenta. Es mejor ahora, con las primeras canas que aceptamos de mala gana. ¡Ésta es una carta estúpida, ya lo sé!». ¿En qué podían entenderse? Lo que parecía una cortesía literaria por el poema recién leído tiene para Hesse otro alcance. Le responde cuatro días después: «No se trata solamente del problema del hombre que envejece y tiene que afrontar las dificultades que empiezan a los cincuenta años, sino más todavía del problema del autor para quien su oficio se tornó dudoso y casi imposible porque ha perdido el suelo y el sentido».

Con esa incerteza creciente fue también haciendo Zweig sus novelas breves, sus novelitas, hasta que no hubo ya sentido y, el 22 de febrero de 1942, optó por el silencio irrevocable.

PABLO GIANERA

Novelita de verano

Pasé el mes de agosto del verano último en Cadenabbia, uno de esos lugarcitos del lago de Como encantadoramente escondido entre la blancura de las *villas* y la tenebrosidad del bosque. Silenciosa y serena aun en los días más animados de la primavera, cuando los turistas de Bellagio y Menaggio se apiñan en la playa exigua, esta ciudad minúscula seguía siendo una soledad perfumada y bañada por el sol. El hotel estaba casi vacío: apenas un par de huéspedes, cada uno de los cuales encontraba insólito el hecho de que el otro hubiera optado para pasar el verano por un lugar tan perdido en el mapa, y cada mañana se asombraban mutuamente de que el otro estuviera todavía ahí. A mí me resultó esto particularmente sorprendente en el caso de un señor ya entrado en años, muy elegante y muy culto —por su aspecto, un tipo intermedio entre un atildado político inglés y un *coureur* parisino— que, sin practicar ningún deporte acuático, dedicaba el día a contemplar pensativo cómo el humo del cigarrillo se disolvía en el aire, o a hojear distraído un libro. El aislamiento opresivo de dos días lluviosos y la naturalidad con la que vino a mi encuentro confirieron a nuestro trato una cordialidad que desmentía la diferencia de edad. Había nacido en

Livonia y se había educado primero en Francia y después en Inglaterra, no tenía profesión ni tampoco, desde hacía años, residencia fija; era un apátrida en el noble y bello sentido de la palabra, en el sentido que tiene para los vikingos y piratas la belleza de los tesoros que reunieron de las ciudades depredadas. Era un diletante de todas las artes, pero más fuerte que su pasión amorosa era el distinguido desdén para convertirse en siervo de ellas. Les agradecía miles de horas de genuina belleza, aunque no les daba a cambio ni un solo afán creativo. Vivía una de esas vidas que parecen superfluas, porque las innumerables y valiosísimas vivencias personales se deshacen en el aire con el último aliento, sin dejar nada a nadie.

Le hablé de esto una noche cuando, sentados en la entrada del hotel después de cenar, mirábamos cómo se apagaban en el lago los últimos reflejos de luz. Él sonrió.

—Tal vez tenga usted razón. No creo en los recuerdos: lo vivido se vive en el instante y desaparece. Y la poesía misma, ¿no muere también veinte, cincuenta o cien años después de nacida? Pero hoy quiero contarle algo que supongo sería una linda novela. Vamos. Estas cosas se hablan mejor caminando.

Y empezamos a caminar por la maravillosa rambla del lago, a la sombra de cipreses eternos y de intrincados castaños entre cuyas ramas brillaba el reflejo inquieto del agua. Más arriba, era Bellagio una nube blanca teñida con los colores del crepúsculo, y más allá de la colina oscura, ceñida por rayos diamantinos, resplandecían las almenas de la Villa Serbelloni. El calor era ligeramente bochornoso, aunque no agobiante, y la atmósfera húmeda, como la ternura de un abrazo femenino, envolvía las sombras y colmaba el aire con el perfume de flores invisibles.

Empezó:

—Primero una confesión. No le conté que estuve ya aquí, en Cadenabbia, el año pasado, en la misma estación del año y en el mismo hotel. Puede ser que esto lo sorprenda, dado que yo le dije que evito en mi vida cualquier repetición. Pero présteme atención. Naturalmente, todo era tan solitario entonces como ahora. Estaba el hombre milanés que pescaba el día entero, devolvía por la noche los peces al agua y los pescaba de nuevo la mañana siguiente; dos viejas inglesas cuya existencia vegetativa resultaba casi imperceptible; un muchacho de buena presencia con una chica muy pálida, que no me convenzo de que fuera su mujer porque parecían quererse mucho. Finalmente, una familia alemana, alemanes del norte, del tipo más campesino. Una mujer madura, huesuda, de movimientos agresivos, ojos acerados y boca áspera, como cortada a cuchillo. Con ella, una hermana, inconfundible, de facciones idénticas, pero derretidas, con pliegues, inseparables conversadoras las dos, inclinadas sobre el bordado en el que parecían tejer su irreflexión, parcas implacables de un mundo de tedio y estrechez. Y había entre ellas una joven, la hija de alguna de las dos, no sé de cuál, porque la dura inconclusión de sus rasgos se confundía ya con la suave redondez de una mujer. No era particularmente linda, demasiado flaca, no desarrollada del todo, mal vestida, claro está, y aun así había algo conmovedor en el desamparo de su anhelo. Tenía ojos grandes y probablemente iluminados por un sol negro, esquivos, de un brillo titilante, tembloroso. También ella estaba siempre atareada, pero cada tanto las manos se movían con lentitud, se le dormían los dedos; entonces se quedaba quieta, con la mirada fija en el lago, como en una ensoñación. No

sé qué cosa me resultaba tan extraña en su aspecto. ¿Habrá sido el pensamiento tan banal, aunque tan ineludible, que se le viene a uno a la cabeza cuando ve a la madre que se marcha y a la hija que florece, la sombra detrás de la figura, esa ocurrencia de que en la mejilla se esconde ya la arruga; en la risa, la fatiga; en el sueño, la desilusión? ¿O era ese anhelo salvaje, manifiesto, sin meta que delataba toda ella, ese minuto único, milagroso, en la vida de las chicas en el que miran ansiosamente el Todo porque no tienen todavía el Uno al que después se aferrarán y del que terminarán colgando como algas en una madera que flota? Era para mí apasionante observarla; esa mirada húmeda de la ensoñación, la compulsión que tenía de acariciar a cada perro y a cada gato, la inquietud que la impelía a empezar muchas cosas y a no concluir ninguna. Y además la ferviente precipitación con la que inspeccionaba los volúmenes escasos y descabalados de la biblioteca del hotel, o releía los libros de poemas que había traído consigo, su Goethe y su Baumbach... ¿De qué se ríe?

Tuve que pedirle disculpas.

—De la contigüidad de Goethe y Baumbach.

—¡Claro! Eso es cómico, por supuesto. Pero no tanto. Créame que a las chicas de esa edad les da lo mismo si el poema que leen es bueno o malo, verdadero o falso. Los versos son para ellas meros vasos para calmar la sed, y no les importa la calidad del vino porque llevan la embriaguez dentro antes de haber bebido. Y así estaba esa chica, tan desbordante de anhelo que le brillaban los ojos, le temblaban las manos y caminaba tambaleante, y no obstante decidida, entre la fuga y el miedo. Se veía que estaba hambrienta de hablar con alguien, de compartir una parte de su abundancia, pero no ha-

bía nadie: soledad, el golpeteo de las agujas y las miradas glaciales, severas, de las dos señoras. Me asaltó una compasión infinita. Sin embargo, no podía acercarme a ella, primero porque en momentos así un hombre de mi edad no existe para una chica, y también porque soy alérgico a trabar nuevas relaciones, relaciones de familiaridad, sobre todo con viejas burguesas. Cualquier posibilidad parecía estrangulada. Entonces se me ocurrió intentar algo diferente. Yo pensé: es una chica joven, no emancipada, inexperta, acaso por primera vez en Italia, que gracias al inglés Shakespeare, que no estuvo nunca aquí, pasa para los alemanes como la patria del amor romántico, de los Romeos, de las aventuras furtivas, de los abanicos caídos, del lustre del puñal, de las máscaras, las damas de compañía y las esquelas cariñosas. También ella, seguramente, acariciaba el sueño de una aventura, ¿y quién conoce las ensoñaciones de una chica, esas nubes blancas que se amontonan, que vagan sin rumbo en el azul, y que como cualquier nube adoptan al caer la tarde colores más cálidos, el rosa subido y el rojo escarlata? Nada en esta tierra puede parecerle a ella improbable o imposible. Así que resolví inventarle un amante misterioso.

»Y esa misma noche le escribí una extensa carta cargada de ternura, humildad y respeto, repleta de insinuaciones extravagantes y sin firma. Una carta que no exigía nada, no prometía nada, desmedida y reticente a la vez; en suma: una carta de amor romántica como extraída de un libro de poemas. Y como sabía que ella, movida por su excitación, era la primera en aparecer para el desayuno, dejé la carta doblada en el pliegue de la servilleta. Llegó la mañana. Me puse a observarla desde el jardín: vi su sorpresa incrédula, su terror sú-

bito. Vi la llama encarnada que subió a la palidez de sus mejillas y se extendió enseguida al cuello. Vi la mirada de desesperación, el espasmo, el gesto de ladrón con el que ocultó la carta, y vi después también su nerviosismo durante el desayuno, que apenas probó, apurada por recluirse en un rincón sombrío y poco transitado del pasillo para descifrar esas palabras secretas... ¿Quería usted decir algo?

Había hecho yo un movimiento involuntario que ahora estaba en la obligación de explicar.

—Me parece una jugada muy audaz. ¿No se le ocurrió que ella podría hacer alguna investigación, o por lo menos, lo más sencillo, preguntar al camarero cómo llegó la carta a la servilleta? ¿O mostrársela a su madre?

—Desde luego que pensé en eso. Pero tendría usted que haber visto a la chica, esa criatura tímida, asustadiza, adorable, que miraba angustiosamente para todos lados si se le escapaba una palabra en voz más alta; si hubiera visto esto, se habría despreocupado. Hay muchachas con un pudor tan acentuado que con ellas uno puede animarse a llegar a los extremos, porque son tan indefensas que prefieren soportar lo peor antes que confiar su secreto a un tercero. Sonreí mientras ella se alejaba y me alegró el éxito de mi plan. De pronto se dio la vuelta. Sentí que la sangre me congestionaba la cabeza: era otra chica, con un paso diferente. Se acercó inquieta y confundida, una ola ardiente le había bañado el rostro, y una dulce turbación la volvía atolondrada. Y fue así el día entero. Su mirada volaba hacia las ventanas, como si fuera allí donde pudiera atrapar el secreto, envolvía a todos, y cayó también sobre mí, que la evité para que ni siquiera un parpadeo me delatara. Pero aun en ese segundo, fugaz como un relámpago,

me quemó el fuego de una pregunta que casi me espantó, y después de tantos años sentí también de nuevo que no hay lascivia más peligrosa, tentadora y perversa que la de encender esa chispa en los ojos de una chica. Más tarde, la veía sentada entre las otras dos, con los dedos entumecidos, y veía cómo cada tanto se palpaba un sector del vestido, donde seguramente llevaba escondida la carta. Ahora el juego me seducía. Y esa noche le escribí una segunda carta, y lo mismo hice los días siguientes. Era apasionante poner por escrito en mis cartas los sentimientos de un joven enamorado, darles cuerpo, se diría, imaginar las escalas de la pasión, todo invención pura... Esto se convirtió en un deporte fascinante, algo semejante a lo que ha de sentir el cazador cuando pone trampas o señuelos. Y el éxito que obtuve fue indescriptible, casi aterrador incluso para mí mismo, tanto que consideré la posibilidad de no seguir, pero el ardor del juego me tenía ya enganchado. Una ligereza, un embrollo de danza regía su paso, una belleza febril modelaba sus facciones; sus horas de sueño debían ser una espera, la espera de la carta de la mañana: temprano tenía los ojos apagados, inconstantes en su fuego. Empezó a fijarse en sí misma, llevaba flores en el pelo, una dulzura prodigiosa le apaciguaba las manos, una pregunta incesante pendía de su mirada, porque por las mil minucias que yo le revelaba en las cartas intuía ella que el autor estaba cerca, un Ariel que llena de música el aire y, flotando, ausculta a escondidas las acciones más íntimas, sin hacerse jamás visible. Ni siquiera las dos señoras apáticas dejaron de notar su alegría: seguían la figura urgente, las mejillas en flor, y se miraban en silencio con sonrisas disimuladas. Su voz ganó un timbre más brillante y más claro, era más atrevida, y le con-

movía la garganta un temblor y se henchía, como si quisiera salir de ella un canto con trinos de gozo... ¿Pero qué pasa, se ríe usted de nuevo?

—No, no; siga, por favor. Lo único que quiero decir es que usted es un narrador muy bueno. Tiene, disculpe usted la opinión, talento, y estoy seguro de que escribiría la historia tan bien como cualquiera de nuestros novelistas.

—Quiere usted darme a entender, con enorme cortesía y tacto, que yo narro con los atributos de esos novelistas alemanes suyos: lirismo exagerado, sentimentalismo, pesadez y aburrimiento. Abreviaré el asunto. La marioneta bailaba; yo movía los hilos. Y para desviar de mí toda sospecha (advertí que sus ojos inquisidores buscaban hacer contacto con los míos) le había sugerido en las cartas la posibilidad de que quien las escribía no estuviera allí, sino en alguno de los balnearios cercanos, y que fuera y viniera todos los días en un bote o un barco a vapor. Y ahora, apenas oía la campana de un barco, pretextaba cualquier cosa para eludir la vigilancia de la madre y correr a una punta del amarradero para observar a los recién llegados.

»Y una vez (era un mediodía encapotado en el que a mí no se me ocurría nada mejor que observarla) sucedió algo muy curioso. Había entre los pasajeros un muchacho muy gallardo, con esa elegancia pintoresca que define el atavío de los jóvenes italianos, y mientras recorría el lugar con la mirada, se detuvo en los ojos desesperados, interrogativos, absorbentes de la chica, que, igual que él, parecía estar buscando algo. La sonrisa quedó enseguida anegada por una ola sonrosada de pudor que se generalizó a todo el rostro. El muchacho vaciló, prestó atención (como es comprensible al ser

objeto de una mirada tan febril y llena de mil cosas calladas), sonrió y se decidió a ir detrás de ella. Pero ella, por su parte, huyó, confundida por la certeza de que estaba ahí aquel a quien había buscado tanto tiempo. Era el juego eterno entre el deseo y el temor, entre el anhelo y el pudor, ese juego en el que en la debilidad, en la dulce debilidad, reside la fuerza. Él, visiblemente envalentonado, aunque no menos pasmado, corrió para alcanzarla, y estaba ya cerca, y yo sentí con horror la proximidad de un caos alarmante... Entonces salieron al cruce las dos señoras. La chica fue volando hacia ellas como un pájaro asustado, el joven se replegó cautelosamente, pero las miradas volvieron a encontrarse y se fundieron como al fuego. Ese acontecimiento me advirtió que era necesario poner fin al jueguito, pero la tentación era demasiado fuerte, y decidí usar esa casualidad como un auxilio servicial. Así, le escribí esa noche una carta infrecuentemente extensa, destinada a confirmar sus presunciones. Me atraía ahora influir sobre dos personas.

»A la mañana siguiente, me atemorizó la confusión trémula de su rostro. La bellísima agitación había cedido ante un nerviosismo incomprensible, tenía los ojos húmedos y enrojecidos por el llanto, parecía transida de dolor. Todo su silencio tendía al grito, tenía la frente ensombrecida y una desesperación acerba en la mirada; yo, en cambio, estaba esperando la claridad de la alegría. Tuve miedo. Se interponía por primera vez algo extraño, la marioneta no obedecía y bailaba al compás de una música que no era la mía. Examiné todas las posibilidades y no llegué a ninguna conclusión. Empecé a asustarme de mi propio juego, y no volví al hotel hasta la noche para evitar la acusación que yo veía en sus ojos. Cuando volví, lo

entendí todo. La mesa no estaba puesta, la familia se había ido, sin que ella tuviera tiempo de decirle a él una palabra y sin poder tampoco confiar a los suyos que su corazón seguía pendiente de un solo día, de una sola hora. Fue arrancada de su sueño para ser llevada a alguna lamentable ciudad de provincia. Yo había olvidado esa eventualidad. Y siento todavía como una acusación esa mirada última, esa fuerza temible de la ira, del tormento, del desaliento, del dolor más cruel, con los que yo, quién sabe hasta dónde, contaminé su vida.

Se quedó en silencio. La noche nos había acompañado, y de la luna, velada por las nubes, emanaba una luz rara y trémula. Parecía que de los árboles colgaban brasas y estrellas y la superficie pálida del lago. Caminábamos sin decirnos una palabra. Por fin, mi acompañante rompió el silencio.

—Ésta era la historia. ¿No podría ser una novelita?

—No sé. Es en todo caso una historia que voy a conservar con las demás que me contó. ¿Pero una novela? Una linda trama que podría interesarme, tal vez. Porque esas personas llegan apenas a tocarse, pero no entran en conflicto; son un asomo de destino, no un destino. Hay que llevar la ficción a su conclusión.

—Entiendo a qué se refiere. La vida de la chica, el regreso a la ciudad de provincia, la tragedia de la vida cotidiana...

—No, no tanto eso. En realidad, la chica ya no me interesa. Las jóvenes no son nunca interesantes, por más raras que parezcan, porque sus vivencias son todas negativas y, en consecuencia, casi iguales. En este caso, cuando le llega la hora, la chica se casa con un joven de buena posición allá en su pueblo, y esta aventurita queda como una flor perenne de sus recuerdos. La chica no me interesa nada.

—Qué raro. Porque no se me ocurre qué podría encontrar usted en el muchacho. Miradas como éstas, el fuego de una paseante, son frecuentes, la mayoría ni las nota y los demás las olvidan enseguida. Hay que llegar a viejo para saber que esto es lo más noble y lo más profundo que nos está destinado, la prerrogativa sagrada de la juventud.

—Tampoco es el muchacho quien me interesa...

—¿Y entonces?

—Me dedicaría a transformar en personaje al hombre mayor, al autor de las cartas. Yo creo que a ninguna edad se escriben cartas inflamadas ni se simulan sentimientos de un amor verdadero impunemente. Trataría de mostrar cómo el juego se vuelve cosa seria, cómo creía él controlar el juego, cuando lo cierto era que el juego lo dominaba ya a él. Esa belleza recién florecida de la chica, que él supone contemplar como mero observador, lo excitaba y lo esclavizaba. Y en el momento en que todo se le va de las manos, emerge en él una nostalgia indomable por el juego... y por el juguete. Me atrae esa inversión amorosa, que torna parecidas la pasión de un viejo y la pasión de un niño, porque ninguno de los dos se siente seguro de sí mismo. Lo sometería al desasosiego y a la esperanza. Lo presentaría voluble, y lo haría correr detrás de ella nada más que para verla, y, sin embargo, en el último segundo lo privaría de acercársele, lo haría regresar al mismo lugar con la esperanza de volver a encontrarla, a conjurar el azar, que suele ser cruel. En esa línea planearía yo la novela, y entonces sería...

—¡Mentirosa, falsa, imposible!

Las palabras me sobresaltaron. La voz era áspera, ronca, tremolante, al borde de la injuria. No había visto nunca tan

irritado a mi interlocutor. Entendí instantáneamente que había tocado sin querer un nervio muy sensible. Y cuando se paró de pronto, noté, con penosa vergüenza ajena, el brillo plateado de las canas.

Quise cambiar rápidamente de tema, dar un vuelco a la conversación. Pero el otro seguía ya hablando, aunque ahora en una entonación amable y oscura, una voz serena y profunda, de un color melancólico.

—Puede ser que tenga usted razón. Así es más interesante. *L'amour coûte cher aux vieillards* fue el título que puso, creo que Balzac, a uno de sus relatos más conmovedores, y podrían escribirse muchos otros con ese mismo título. Lo que pasa es que los viejos, que conocen los secretos mejor guardados, prefieren hablar de sus éxitos y no de sus debilidades. Les da miedo hacer el ridículo en asuntos que son algo así como el péndulo de lo eterno. ¿Piensa usted realmente que es obra de la casualidad que los capítulos de las *Memorias* de Casanova que «se perdieron» fueran precisamente aquellos que corresponden a su vejez, aquellos en los que el que mete los cuernos se convierte en cornudo y el burlador en burlado? Acaso la mano se le volvió torpe y el corazón, estrecho.

Me dio la mano. Su voz era ahora fría, tranquila, im-
pasible.

—Buenas noches. Veo que es peligroso contar historias a la gente joven en las noches de verano. Da lugar a ideas disparatadas y a ensoñaciones inconducentes. ¡Buenas noches!

Y se perdió en la oscuridad con su paso elástico, al que los años habían vuelto ya más cansino. Era tarde. Pero el cansancio que solía invadirme temprano en el calor blando de las noches se dispó esta vez por la excitación que hace her-

vir la sangre cuando le pasa a uno algo extraordinario, o cuando algo ajeno parece, en el lapso de un instante, propio. Caminé por la avenida que lleva a Villa Carlotta, que muere en las escaleras de mármol que dan al lago, y me senté un buen rato en los escalones. La noche era soberbia. Las luces de Bellagio, que antes chispeaban entre los árboles cercanas como luciérnagas, parecían ahora infinitamente lejanas sobre la superficie del agua, y una por una fueron hundiéndose en la tiniebla. El lago en silencio brillaba como una piedra preciosa negra con un fulgor que tendía a deshilacharse en los bordes. Y como manos blancas en teclas claras, las olas subían y bajaban por los escalones macilentos. El cielo parecía más alto que nunca, abarrotado de estrellas inmóviles. Pacíficas, en una quietud rutilante, callaban; de vez en cuando alguna se desprendía de la danza diamantina y se desplomaba en la noche de verano, allá abajo, en la oscuridad del valle, en quebradas, montañas, en aguas distantes, desprevenidas, arrojadas por una fuerza ciega, igual que puede serlo una vida en la hondura de un destino ignorado.

Mendel, el bibliófilo

De nuevo en Viena, al volver de una visita a los suburbios, me sorprendió un chaparrón que, a fuerza de latigazos mojados, obligó a la gente a refugiarse en zaguanes, galerías y en cualquier recoveco cubierto, y yo mismo corrí a la caza de un amparo. Por suerte, hay en Viena un café en cada esquina, así que me metí en el que estaba más a mano, ya con el sombrero goteando y los hombros empapados. Resultó ser un café típico de las afueras del centro, de un estilo casi esquemático, sin los artificios de moda de los cafés concierto que los locales del centro copian de los alemanes; era un café vienes tradicional, burgués, colmado de gente que consume más diarios que tortas y pasteles. Ahora, al atardecer, el aire, siempre viciado, se veía veteado por volutas de humo azul, pero el café daba con todo una impresión de limpieza, con sus sofás de terciopelo verosíblemente nuevo y la brillante caja registradora de aluminio. En el apuro, ni me había tomado el trabajo de leer fuera el nombre del café, ¿para qué? Y ya sentado y en la calidez del ambiente, me puse a mirar ansioso por la ventana —una ventana cubierta por una cortina de agua— y a esperar que la lluvia resolviera alejarse un par de kilómetros.

Me quedé ahí sin hacer nada, y empecé a caer en esa indolencia que, como un narcótico, inyecta invisible todo auténtico café de Viena. Con esa sensación de vacío, me dediqué a observar a cada una de las personas, cuyos ojos ensombrecía con un gris mórbido la luz del salón lleno de tabaco. Miré a la mujer del mostrador, que repartía mecánicamente azúcar y cucharitas para cada taza de café; leí ya medio dormido, casi entre sueños, los carteles de las paredes, y ese letargo me hacía sentir bien. Pero algo me arrancó de golpe de esa somnolencia; se puso en movimiento dentro de mí una inquietud indeterminada, del mismo modo que cuando empieza un dolor de muelas no se sabe bien si proviene de la derecha o de la izquierda, de la mandíbula superior o de la inferior. Sentía solamente una tensión velada, un nerviosismo espiritual, porque me di cuenta —no sabría explicar cómo— de que yo ya había estado ahí una vez, hacía años, y que algún recuerdo me unía a esas paredes, esas sillas, esas mesas, ese ambiente extraño y viciado de humo.

Pero cuanto más me esforzaba por apresar ese recuerdo, más maliciosa, más inaprensiblemente se me escurría como una medusa que resplandece inciertamente en el fondo último de la conciencia, y sin embargo persiste inalcanzable, inasible. Detuve en vano los ojos en cada objeto del mobiliario. Hubo cosas que no reconocí, como por ejemplo la caja registradora con su tintineo automático, o el revestimiento marrón de falso palisandro de las paredes; todo eso habrán de haberlo instalado más tarde. Pero sí, claro que sí, yo había estado aquí una vez hace veinte años o más. Ahí estaba, invisible como un clavo en la madera, algo de mi propio yo que había seguido creciendo subrepticamente. Desplegué y ex-

pandí mis sentidos hacia todo ese espacio y, a la vez, hacia mí mismo, y sin embargo..., ¡mierda!..., no conseguía alcanzar ese recuerdo extinguido, ahogado dentro de mí.

Me enojé, como se enoja siempre uno cuando la frustración nos descubre la insuficiencia y la imperfección de nuestras facultades intelectuales, pero no perdía la esperanza de pescar ese recuerdo. Lo que me hacía falta era un anzuelo para la pesca, puesto que mi memoria es de una naturaleza singular: es buena y mala a la vez, tenaz y diligente, aunque también de una fidelidad indecible. Suele tragarse lo más importante, tanto los hechos como los rostros, lo leído y lo vivido, y sin coacción no saca nada a la luz de ese inframundo, a menos que la voluntad lo reclame. Pero basta el gancho más inopinado, una postal, los trazos en el sobre de una carta, una hoja de diario amarillenta para que, enseguida, lo olvidado emerja de la superficie oscura y líquida como un pez en la caña de pescar, vivo y en toda su materialidad sensible. Reconozco entonces cada detalle de un hombre, su boca, y en la boca el agujero de la dentadura en el lado izquierdo cuando se ríe, y la entonación cascada de esa risa, y cómo se le contrae el bigote, y cómo de la risa brota otro rostro, un rostro nuevo... Todo eso lo veo enseguida, en una visión plena, y retengo durante años cada palabra que me dijo ese hombre. Pero para que pueda yo ver y percibir sensiblemente el pasado en su materialidad necesito siempre un acicate igualmente sensible, una mínima ayuda de la realidad. Así que cerré los ojos para pensar más concentradamente, para dar forma a ese anzuelo secreto y agarrarlo. ¡Pero nada! Una y otra vez, nada. Y estaba ya tan exasperado con los deficientes y voluntariosos engranajes de mi memoria, ese mecanismo